

Retos y oportunidades demográficas
de México en el siglo XXI

Rodolfo Tuirán

Consejo Nacional de Población

Introducción

México experimenta, en el umbral del nuevo milenio, un proceso de cambio que implica transiciones múltiples en los planos económico, social, político, urbano, demográfico y epidemiológico. La economía experimenta un intenso proceso de reestructuración y modernización y está cambiando rápidamente la importancia relativa de los diferentes sectores en la generación del Producto Interno Bruto. En el plano político se advierte un proceso de renovación del pacto federal y de los sistemas electoral y de partidos, al tiempo que ocurren profundas reformas institucionales dirigidas a perfeccionar nuestra democracia. En la esfera social es cada vez más notoria y amplia la participación ciudadana, lo que se refleja en el robustecimiento de formas y opciones diversas de organización que ponen en claro la creciente complejidad de una sociedad con mayor capacidad para formular y sostener sus demandas. También ocurre una profunda y rápida transformación hacia una sociedad cada vez más urbana. Finalmente, las transiciones demográfica y epidemiológica están muy avanzadas y los escenarios de su recorrido futuro sugieren que el crecimiento de la población continuará moderándose, con una estructura crecientemente envejecida y un perfil de morbimortalidad dominado por las enfermedades crónico-degenerativas.

No hay duda que el futuro de México dependerá, en buena medida, de la trayectoria seguida por estas transiciones cruciales. Como señala

Francisco Alba en este mismo volumen, el país se encuentra a mitad de camino de las múltiples transformaciones y transiciones en curso y la conclusión de cada una de ellas todavía tomará algún tiempo. En esta perspectiva, la demografía es una de las dimensiones que le confieren una identidad irremplazable a la nación. Durante el siglo ^{xx} México experimentó mutaciones inéditas en el plano demográfico, atravesando primero por ciclos de despegue e intenso crecimiento poblacional, y, más recientemente, en el transcurso del último cuarto de siglo, de desaceleración del mismo.

La población del país logró duplicar su tamaño en los primeros 50 años del siglo ^{xx} y casi lo cuadruplicó en el siguiente medio siglo. Recordemos que el territorio nacional estaba poblado por cerca de 15 millones de habitantes en 1900 y alcanzó 27 millones en 1950. Con una población de casi 100 millones en la actualidad, México ocupa el décimo primer lugar entre las naciones más pobladas del orbe, por encima de la de 218 países y, seguramente, de acuerdo con las previsiones de las Naciones Unidas, mantendrá esa posición hasta mediados del presente siglo.

No obstante el rápido e intenso crecimiento demográfico, la economía mexicana fue capaz de aumentar su tamaño más de cuarenta veces y quintuplicó su PIB *per capita* en los últimos cien años. La creación de empleos y las notables mejoras en la educación, la salud, la vivienda y la provisión de servicios básicos, sobre todo a partir de la década de los treinta, fueron posibles gracias a los recursos generados por la economía. Basta señalar que el analfabetismo se redujo en ese lapso de ocho de cada diez adultos a menos de uno de cada diez, el número de escuelas en todos los niveles de instrucción se multiplicó 23 veces, y la matrícula del sistema educativo aumentó alrededor de 41 veces.

La caída de la mortalidad

El descenso de la mortalidad, que viene ocurriendo de manera ininterrumpida desde la década de los treinta, marcó el punto de arranque de la transición demográfica. Como consecuencia de este profundo proceso de cambio, en la actualidad México no sólo cuenta con una pobla-

ción mucho más numerosa, sino que sus habitantes viven un mayor número de años. En los albores del siglo xx, la esperanza de vida era de 30 años (29.6 para hombres y 30.3 para mujeres) y la mortalidad infantil estaba por encima de las 220 defunciones de menores de un año por mil nacidos vivos. En esa época, la población del país todavía pagaba un pesado tributo a las enfermedades de carácter infeccioso: de las diez principales padecimientos responsables de la mortalidad, ocho eran de ese tipo.

En contraste, al cerrar el siglo xx, la esperanza de vida de los mexicanos asciende a 75 años (72.8 para hombres y 77.3 para mujeres), es decir, 45 años más, y la mortalidad infantil se redujo a cerca de la décima parte, en tanto que en la actualidad sólo una de las diez principales causas de muerte en México es de tipo infeccioso (neumonía e influenza). Como resultado del creciente alargamiento de la sobrevivencia, hoy en día la muerte se considera principalmente "cosa de mayores".

El descenso de la mortalidad a lo largo de este siglo ha tenido importantes consecuencias y profundas ramificaciones en distintos órdenes, tanto en la familia y la comunidad, como en la sociedad en su conjunto. En los próximos años, la transición epidemiológica seguirá su curso, hecho que continuará dando lugar a considerables transformaciones en los perfiles de salud-enfermedad-muerte de la población mexicana. Se prevé que entre el año 2000 y el 2050 la esperanza de vida al nacimiento aumentará de 75 a 84 años, de acuerdo con las hipótesis planteadas por las proyecciones de población vigentes, hecho que seguramente hará cada vez más usual la interacción de personas emparentadas entre sí, pertenecientes a cuatro o hasta cinco generaciones sucesivas.¹

¹ El alargamiento de la sobrevivencia ha permitido que la "muerte" se considere hoy en día "cosa de mayores". En el ámbito familiar, el descenso de la mortalidad ha dado lugar a: (i) un aumento considerable del número de años que los matrimonios se mantienen intactos sin ser disueltos por la muerte de uno de los cónyuges; (ii) una disminución significativa de la probabilidad de que los padres sufrieran la muerte temprana de uno (o más) de los hijos; (iii) una reducción en la proporción de menores que experimentan la muerte de alguno de sus familiares más cercanos (padres, hermanos, primos, etc.); y (iv) un incremento del "tiempo familiar" o del potencial de interacción de varias generaciones sucesivas emparentadas entre sí, lo que puede ejemplificarse mediante la sobrevivencia cada vez mayor de los abuelos durante la niñez, la adolescencia y la juventud temprana de los nietos.

El descenso de la fecundidad

Durante el siglo XX nuestra sociedad también logró transitar gradualmente hacia un marcado predominio de las pautas valorativas que apelan al control individual de la capacidad reproductiva. Hoy en día, el ejercicio de la sexualidad entre los mexicanos y las mexicanas es cada vez más abierto y más libre, y gozamos del derecho de vivirla a plenitud. Además, la planificación familiar, como valor, logró ser interiorizada gradualmente por la mayoría de los habitantes del país. Como resultado, durante las últimas tres décadas de este siglo disminuyó significativamente el número de hijos por familia y se redujo el tamaño de la misma.

Recordemos que las familias tenían alrededor de seis hijos a principios de siglo, e incluso su número llegó a incrementarse a más de siete en los años sesenta, mientras que en la actualidad el tamaño medio de la descendencia es de 2.5 hijos. Asimismo, los patrones reproductivos emergentes son ahora mucho más favorables para proteger la salud de mujeres y niños, al disminuir los alumbramientos demasiado precoces, demasiado próximos entre sí, demasiado numerosos o demasiado tardíos que, como se sabe, son un importante factor de riesgo para la salud materna e infantil. De esta forma, la práctica de la planificación familiar, al transformar los patrones reproductivos, contribuyó a salvar vidas y a proteger la salud de millones de mujeres y niños.

Se prevé que la fecundidad continuará descendiendo en los próximos años, gracias a la continua difusión de las prácticas de planificación familiar. Si se abate la demanda insatisfecha de métodos anticonceptivos en la próxima década (que en la actualidad comprende a más de diez por ciento de las mujeres unidas en edad fértil), el descenso de la fecundidad podría ser incluso más marcado que la trayectoria prevista por la política de población, que establece un promedio de 2.4 hijos por mujer en el año 2000 y de 2.1 hijos en el 2005.

Desigualdad y transición demográfica

A pesar de los innegables avances logrados, debe reconocerse que los extremos de la pobreza y la opulencia, que se observan y contrastan cotidianamente, se reflejan en la existencia de variados regímenes demográficos en nuestro país. En la actualidad, las regiones y sectores sociales privilegiados se encuentran en una fase avanzada de la transición demográfica: exhiben niveles relativamente bajos de mortalidad, presentan una edad más tardía al momento tanto de contraer matrimonio, como de dar a luz al primer hijo, y han incorporado la práctica de la anticoncepción con fines de espaciamiento y limitación de sus nacimientos. Este mismo patrón demográfico se ha extendido gradualmente hacia los estratos medios de la población.

En contraste, quienes pertenecen a las regiones y grupos sociales más pobres del país son también quienes establecen sus uniones conyugales y asumen la maternidad a edades más tempranas, tienen un mayor número de hijos, se enferman con mayor frecuencia y mueren más jóvenes que sus congéneres de los estratos o regiones más prósperas. De esta manera, la pobreza, el rezago demográfico y el bajo nivel educativo se entrelazan en una circularidad perversa que propicia la transmisión intergeneracional de la marginación y la miseria. Al mismo tiempo, la divergencia en las trayectorias reproductivas de grupos y regiones del país descarga de manera inequitativa el mayor peso de la reproducción social y demográfica sobre los estratos y regiones más pobres.

Estos tres regímenes se presentan tanto entre grupos como entre las entidades federativas y municipios del país, lo que se refleja en importantes contrastes sociales y regionales. Se sabe, por ejemplo, que en el ámbito municipal las diferencias tanto de la mortalidad infantil como de la fecundidad son muy marcadas. Los niveles de mortalidad infantil, oscilaban en 1995 de 17 defunciones por mil nacidos vivos en las delegaciones más urbanizadas del Distrito federal a más de 85 por mil en algunos municipios de Guerrero (Metlatonoc), Chiapas (Chalchihuitán), Puebla (Eloxochitlán y Coaytepec) y Oaxaca (Santiago Amoltepec). A su vez, la fecundidad fluctuaba en ese mismo año de 2.1 hijos promedio por mujer en las delegaciones del Distrito Federal a más de cinco hijos

en algunos municipios de Chiapas (Chalchihuitán y San Juan Cancuc), Oaxaca (Santiago Amoltepec) y Puebla (Eloxochitlán), que son tasas que el país observaba hacia fines de los setenta. Estas diferencias tan marcadas revelan la necesidad de poner más atención en la articulación de los programas de salud y planificación familiar con las estrategias más amplias de desarrollo social y de combate a la pobreza.

La migración internacional

La migración internacional no desempeñó un papel determinante en la dinámica demográfica del país en las primeras siete décadas del siglo ^{xx}. Por un lado, la inmigración no fue muy significativa; por el otro, la emigración de mexicanos hacia el exterior tampoco alcanzó cuantiosos volúmenes. Sin embargo, durante las últimas tres décadas se ha registrado un notable incremento de la emigración hacia el vecino país del norte, fenómeno que a su vez no ha estado acompañado de un aumento significativo de la inmigración a México, lo que se refleja en un cuantioso saldo migratorio negativo con el exterior.

Se estima que entre 1970 y 1980 la pérdida de población fue de 1.20 a 1.55 millones; de 2.10 a 2.60 millones entre 1980 y 1990; y entre 2.7 y 3.1 millones durante el último decenio. Como consecuencia de esta dinámica, se estima que la población nacida en México residente en Estados Unidos alcanza actualmente más de ocho millones, de los cuales cerca de tres millones son indocumentados. Si se incorporan en la contabilidad a los estadounidenses de origen mexicano, es posible afirmar que en la vecina nación del norte se encuentran establecidos alrededor de 22 millones de personas con estrechos vínculos consanguíneos con los residentes de nuestro país, quienes representan ocho por ciento de la población total de los Estados Unidos y 22 por ciento de la población de México.

Estos números ponen de manifiesto que la migración hacia los Estados Unidos ha alcanzado una escala considerable y, al mismo tiempo, sugieren que el alivio de las presiones migratorias dependerá en buena medida de una profunda transformación de las condiciones estructura-

les en las que opera el mercado de trabajo mexicano y de la reducción de las brechas económicas entre México y Estados Unidos. Para modificar de manera significativa la situación vigente en el mercado de trabajo nacional, se requiere de un ritmo de crecimiento vigoroso, alto y sostenido durante varias décadas. Incluso con escenarios relativamente optimistas, la emigración hacia los Estados Unidos proseguirá su curso en el corto, mediano y largo plazos, impulsada, entre otros factores, por la escala ya alcanzada y sus efectos acumulativos en el tiempo.² No hay duda de que la fuerza de las cifras previstas exige identificar opciones de acción y soluciones integrales y de largo plazo, con el fin de ofrecer las oportunidades que requieren y demandan los mexicanos para que muchos de ellos no tengan que salir al exterior a buscar opciones de mejoramiento que en el país no encuentran.

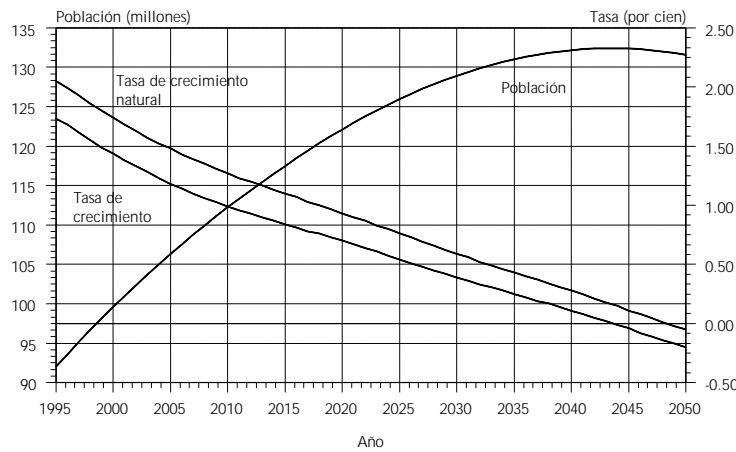
Nuestro destino demográfico

La trayectoria seguida por la fecundidad, la mortalidad y la migración internacional en las últimas tres décadas ha provocado profundas transformaciones en la dinámica demográfica y lo seguirá haciendo en los años por venir. En las próximas décadas, la población de México entrará de lleno y completará la última fase de la transición demográfica, encaminándose rápidamente a un crecimiento cada vez más reducido y a un perfil envejecido. Tomando como base la trayectoria que asumen las proyecciones de población del CONAPO, se prevé que la tasa de crecimiento natural (es decir, la diferencia entre la tasa de natalidad y la de mortalidad) declinará de 1.8 por ciento en la actualidad a 1.3 por ciento en 2010 y a 0.6 por ciento en 2030. Se anticipa que hacia el final del horizonte de proyección, por primera vez desde la culminación de la Revolución Mexicana, se iniciará un ciclo de crecimiento demográfico

² Un crecimiento económico sostenido relativamente elevado, de cinco por ciento anual en promedio durante los próximos tres o cuatro lustros, sólo será suficiente para generar el número de empleos remunerados que se requieren con el fin de absorber a los nuevos ingresantes a la fuerza laboral.

fluctuante a tasas muy cercanas a cero o incluso ligeramente negativas. Con esta dinámica, la población mexicana registrará cerca de 112 millones de habitantes en el año 2010, 129 millones en el 2030 y 132 millones en el 2050 (véase gráfica 1).

Gráfica 1.
Población y tasa de crecimiento total y natural, 1995-2050



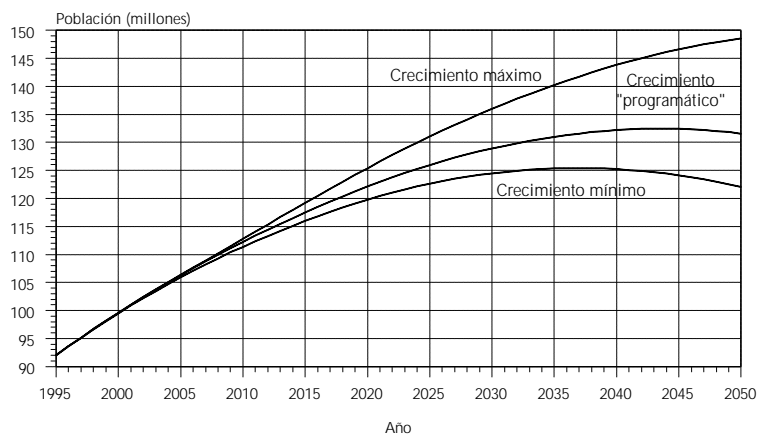
Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

Dado que los ejercicios de prospectiva no pretenden alcanzar una precisión absoluta, sino una previsión razonable, es costumbre construir escenarios adicionales, basados en premisas alternativas sobre la evolución de los componentes del cambio demográfico, con el fin de estructurar una posible franja dentro de la cual pueda variar el tamaño de la población mexicana futura. Los resultados de estos ejercicios nos indican que si se posterga hasta el 2015 o hasta el 2025 la meta de la política de población de alcanzar un nivel de fecundidad de 2.1 hijos promedio por mujer, prevista originalmente para el año 2005, el monto

de la población mexicana al final del horizonte de proyección se elevaría a 141 millones bajo la primera premisa y a poco más de 150 millones bajo la segunda (véase gráfica 2). El tamaño futuro de la población mexicana dependerá de una amplia variedad de factores, pero sobre todo estará sujeto a las opciones y oportunidades con que cuenten los mexicanos y las mexicanas y al control que tengan sobre las decisiones clave de sus vidas.

Para tener una idea del significado de este crecimiento en el contexto de las tendencias demográficas de largo plazo, conviene recordar que en el último medio siglo la población mexicana multiplicó 3.5 veces su tamaño inicial. En contraste, se prevé que en los siguientes cincuenta años lo hará en alrededor de 32 por ciento, según la proyección programática, o bien en 42 y 51 por ciento, como se desprende de los dos escenarios alternativos. En cualquier caso y debido al tamaño alcanzado por la población mexicana, el país enfrentará el desafío de proporcionarle a sus habitantes empleo, vivienda, vestido, alimentación, educación y salud.

Gráfica 2.
Población total según tres hipótesis
futuras de crecimiento demográfico, 1995-2050



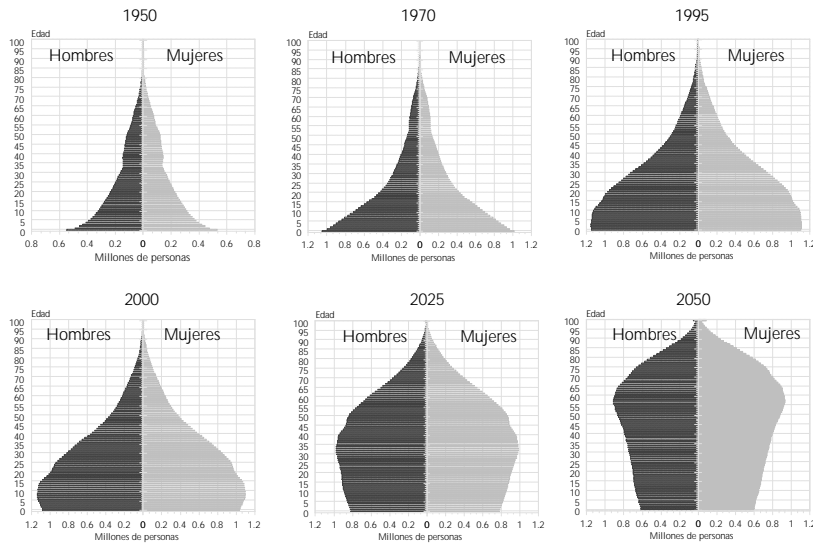
Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

Tranformaciones en la estructura demográfica

Los cambios en los factores demográficos han provocado un estrechamiento de la base de la pirámide de población y se prevé que en los años venideros se acentuará el desplazamiento de generaciones numerosas, primero hacia las edades laborales (resultantes de las elevadas tasas de natalidad nacidas registradas antes del comienzo de la disminución de la fecundidad) y posteriormente hacia las edades avanzadas (véase gráfica 3).

Un ángulo revelador de los rápidos cambios por los que atraviesa la composición por edades de la población lo constituye el examen de las tendencias del crecimiento de cuatro segmentos de edad: preescolar (menor de 6 años), escolar básica (6-14), laboral (15-64 años) y la población correspondiente a la tercera edad (65 años y más). De acuerdo

Gráfica 3.
Pirámides de población, 1950-2050

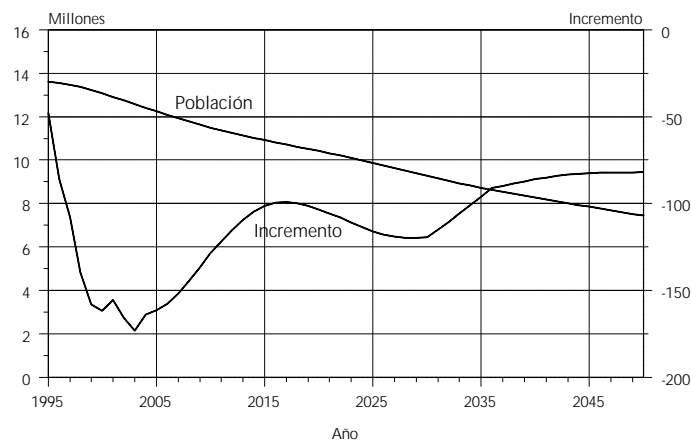


Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

con las estimaciones del CONAPO, los distintos grupos de edades evolucionan de la siguiente manera:

- El grupo que más directamente refleja la reducción de la fecundidad es el de la población en edad preescolar (menos de 6 años de edad), que en la actualidad asciende a 13.1 millones de personas (véase gráfica 4). Los incrementos anuales han disminuido gradualmente de 265 mil en 1970 hasta volverse nulos en 1990 y de ahí en adelante se han tornado negativos, con una disminución estimada de 158 mil menores durante el presente año. Esta tendencia se ha traducido, por un lado, en una sensible baja en la proporción representada por los preescolares en la población total, de 22.2 en 1970 a 13.4 por ciento en 1999; y por el otro, en una significativa reducción en la tasa media anual de crecimiento del grupo, de 2.36 en 1970 a -1.20 por ciento en la actualidad. Este proceso indica que a partir de 1990 la reducción de la fecundidad ha superado en este grupo de edades el peso de la inercia demográfica del pasado.

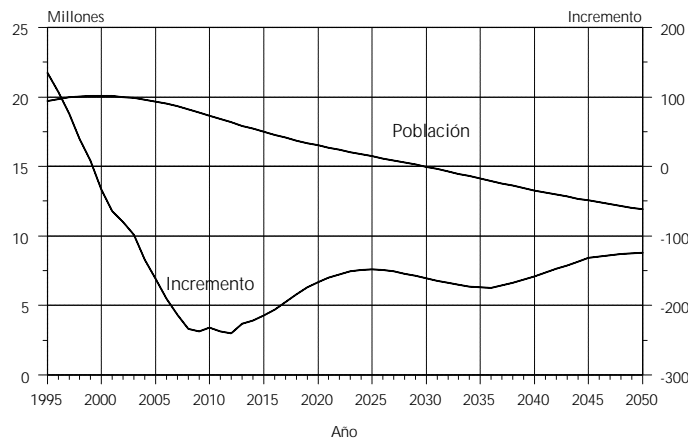
Gráfica 4.
Población e incremento anual 0 a 5 años, 1995-2050



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

- El grupo de edad vinculado a la demanda escolar de educación básica (entre 6 y 14 años) sigue un patrón paralelo al de la población preescolar. Si bien su monto no ha dejado de aumentar, al pasar de 12.8 millones en 1970 a 20.1 millones en 1999, la reducción continua en los incrementos anuales ha sido significativa, al disminuir de 471 mil en 1970 a sólo 8 mil en 1999 (véase gráfica 5). Este descenso en el incremento absoluto anual ha implicado una caída en la tasa de crecimiento demográfico de 3.68 por ciento en 1970 a 0.04 por ciento en 1999, así como en la participación de este grupo en la población total de 25.3 a 20.5 por ciento, respectivamente. Se avizora que a partir del año 2000 este grupo de población comenzará a decrecer.

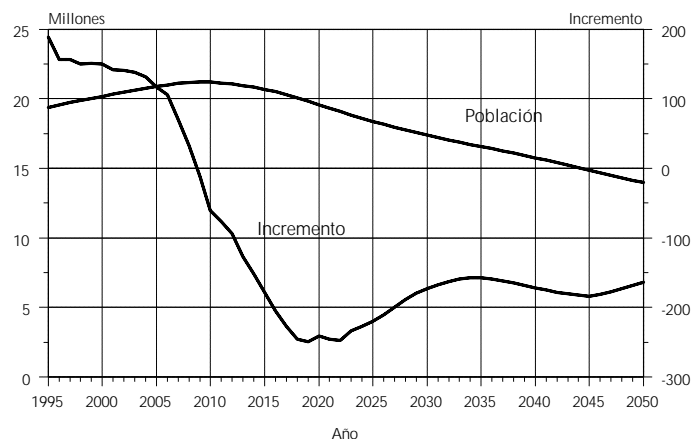
Gráfica 5.
Población e incremento anual 6 a 14 años, 1995-2050



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

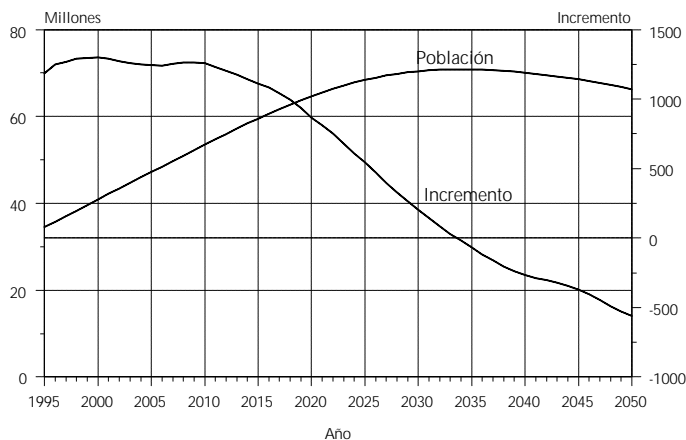
- La población de entre 15 y 24 años aumentó de 9.2 a 20.1 millones entre 1970 y 1999. En la actualidad, este grupo crece a un ritmo de aproximadamente 0.75 por ciento anual y se prevé que su volumen alcanzará un máximo de 21.2 millones en el año 2010 y a partir de entonces empezará a registrar tasas negativas y, en consecuencia, su tamaño disminuirá gradualmente (véase gráfica 6). A su vez, la población de entre 25 y 64 años de edad pasó de 15.2 a 40.2 millones entre 1970 y 1999. Este grupo aún se ve dominado por la inercia del crecimiento demográfico del pasado y se prevé que su tamaño seguirá incrementándose en los próximos lustros, alcanzando cerca de 69 millones en 2030 (véase gráfica 7).

Gráfica 6.
Población e incremento anual 15 a 24 años, 1995-2050



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

Gráfica 7.
Población e incremento anual 25 a 64 años, 1995-2050

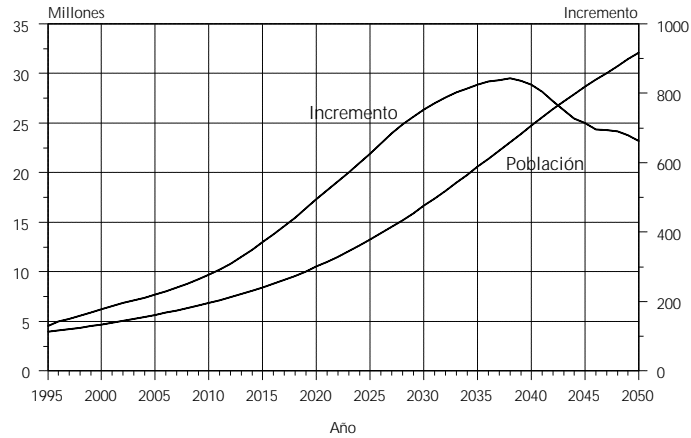


Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

- La población de 65 años o más representa hoy día sólo 4.7 por ciento de la población —con 4.6 millones de personas—, pero su crecimiento es muy acelerado: pasó de 1.42 por ciento anual en 1980 y 1981 a 3.66 por ciento en 1999. Mientras el incremento anual fue de 40 mil individuos en 1980 y de 41 mil al año siguiente, actualmente éste asciende a 168 mil (véase gráfica 8). No hay duda que la tasa de crecimiento actual de la población de la tercera edad es inédita en la historia demográfica del país: si hoy uno de cada veinte mexicanos y mexicanas está en ese grupo de edad, en el 2030 representarán a uno de cada ocho, y en el 2050 a uno de cada cuatro habitantes.³

³ Como referencia, conviene recordar que los países en el mundo que hoy ya se consideran envejecidos (Ucrania, España, Japón) tienen entre 18 y 22 por ciento de su población en edad avanzada, y a México sólo le tomará la mitad del tiempo que les llevó a esas naciones (casi un siglo) arribar a ese estadio demográfico.

Gráfica 8.
Población e incremento anual 65 años o más, 1995-2050



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

Los cambios indicados en la composición por edades tienen y seguirán teniendo importantes consecuencias en la formación de un amplio espectro de demandas que giran en torno a la segmentación por edades de la población. Estos cambios crean nuevas oportunidades y condiciones demográficas más favorables para enfrentar algunos problemas sociales crónicos, pero al mismo tiempo plantean nuevos y más complejos desafíos que deberán obligar a evaluar permanentemente los criterios de asignación de los recursos presupuestales, con el fin de asegurar el mayor beneficio social posible de su aplicación eficiente.

Demandas y necesidades futuras

Como consecuencia de la disminución en el número anual de nacimientos, de 2.1 millones en 2000 a 1.9 millones en 2010 y a 1.7 millo-

nes en el 2020, se abre una oportunidad única para lograr mejoras considerables en la calidad y cobertura de los diversos servicios orientados a asegurar el bienestar infantil, incluida la atención prenatal, la atención en el parto, la vigilancia postnatal, el suministro de esquemas completos de vacunación y la educación preescolar, entre otros.

Una tendencia similar se registra entre la población en edad de asistir a la escuela primaria (6 a 11 años). Como consecuencia, se estima que entre el año 2000 y el 2010 ocurrirá una reducción de aproximadamente diez por ciento de la matrícula escolar de este nivel educativo, lo que abre oportunidades sin precedente para mejorar la calidad de este servicio.

La evolución de la población en edad de asistir a la educación secundaria (12-14 años) también permite anunciar que su monto ya se ha estabilizado y empezará a reducir su tamaño en el segundo lustro de la primera década del siglo ^{xxi}, hecho que permitirá garantizar la cobertura universal de este servicio con tan sólo un incremento de 20 a 25 por ciento de la matrícula escolar actual.

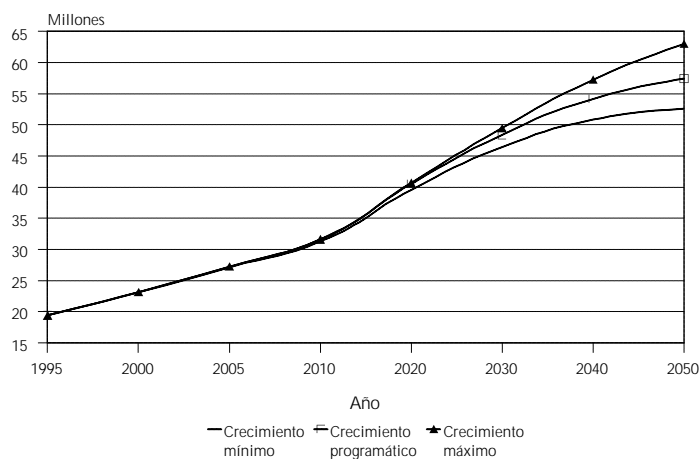
En contraste, el crecimiento de la población de jóvenes de entre 15 y 24 años seguirá dominado por la inercia demográfica durante casi tres lustros más y, en consecuencia, ejercerá una fuerte presión sobre la oferta de educación media superior y superior, como sobre los mercados laboral y habitacional. Se prevé, por ejemplo, que la matrícula escolar en el nivel medio superior aumentará cerca de 70 por ciento durante los próximos diez años, en tanto que la del nivel superior lo hará en alrededor de 50 por ciento.

Las personas que integran los grupos de adultos (de 25 a 64 años) continuarán aumentando su número en las próximas décadas y con ello también lo hará el potencial productivo y de creación de riqueza de nuestro país. La inversión en salud, educación y capacitación laboral no sólo contribuirá a ampliar las capacidades y a garantizar el ejercicio de los derechos de esta población, sino que también equipará a sus integrantes para estar en posibilidades de competir en un mercado de trabajo cada vez más especializado.

Como consecuencia de la evolución demográfica de los jóvenes y adultos, la demanda de viviendas aumentará a razón de 880 mil por año durante las siguientes dos décadas. Si hoy en día existen alrededor de

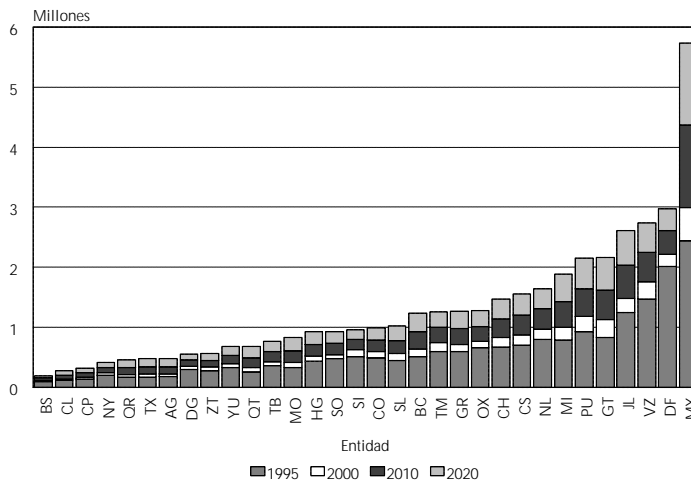
22.8 millones de viviendas particulares en el país, en el año 2020 la cifra se elevará a 41.4 millones, lo que implica construir en los próximos veinte años el equivalente a más del 80 por ciento de las casas-habitación actualmente disponibles (véase gráfica 9). Cabe hacer notar que tan sólo siete entidades concentrarán poco menos de la mitad de las necesidades en este rubro. De esta manera, será necesario edificar más de 137 mil viviendas por año en el Estado de México, 56 mil en Jalisco, 52 mil en Guanajuato, 49 mil en Veracruz y Puebla, 36 mil en el Distrito Federal, y 33 mil en Nuevo León (véase gráfica 10).

Gráfica 9.
Proyecciones del número de viviendas según
tres hipótesis de crecimiento demográfico, 1995-2050



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

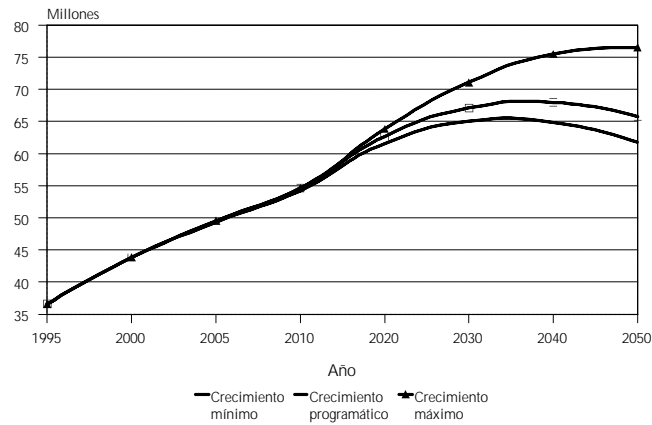
Gráfica 10.
Número de viviendas por entidad federativa, 1995-2020



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

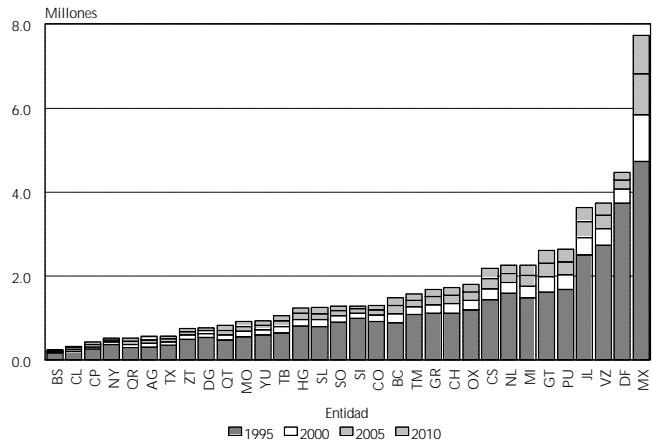
En materia de empleo, los dos lustros siguientes verán ingresar al mercado de trabajo a cerca de un millón doscientos mil mexicanos en promedio por año. En consecuencia, se estima que la población económicamente activa, que actualmente representa alrededor de 42.2 millones de trabajadores, ascenderá a 55 millones en 2010 y a 64 millones en 2020 (véase gráfica 11). Durante la próxima década, la demanda de puestos de trabajo se elevará a 193 mil por año en el Estado de México, 73 mil en Jalisco, 68 mil en Puebla, 63 mil en Guanajuato, 61 mil en Veracruz, y 42 mil en Nuevo León y el Distrito Federal (véase gráfica 12). Sobra decir que los desafíos no se restringen a la cantidad de los puestos de trabajo, sino también aluden a la calidad de los mismos.

Gráfica 11.
Proyecciones de la población económicamente activa según tres hipótesis de crecimiento demográfico, 1995-2050



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

Gráfica 12.
Proyecciones de la población económicamente activa por entidad federativa, 1995-2010



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

El envejecimiento demográfico

Es posible anticipar con total certidumbre que "a México le saldrán canas y se pondrá viejo".⁴ El envejecimiento demográfico acelerará la transición hacia un perfil epidemiológico dominado por los padecimientos crónico-degenerativos y el peso de la enfermedad y de la muerte se desplazará cada vez más hacia los grupos de mayor edad. En consecuencia, los problemas de discapacidad y de deterioro funcional de los adultos mayores serán muy visibles en la sociedad. Se estima que el número de personas de la tercera edad con algún tipo de deterioro funcional crecerá de 2.0 millones en el presente año a 7.3 millones en 2030 y 15.9 millones en el 2050. Estas cifras indican con claridad que las acciones de promoción de la salud y de prevención de la *vejez achacosa* deberán intensificarse y ser emprendidas desde muy temprano en la vida de las personas.

El envejecimiento demográfico dará lugar a profundos cambios en nuestra manera de ser y de pensar y trastocará los arreglos residenciales y domésticos, las relaciones sociales y familiares, así como las relaciones de género e intergeneracionales. Otros muchos ámbitos de nuestra vida cotidiana también se verán alterados. Así, por ejemplo, en los servicios se requerirán menos guarderías, menos escuelas de educación básica y menos establecimientos obstétricos y pediátricos, y seguramente, más hospitales, más asilos y albergues y más servicios de recreación para ancianos, así como más geriatras y especialistas en la atención de la vejez.

Como se advertirá, el envejecimiento demográfico impondrá fuertes presiones sobre la infraestructura económica y social y una cuantiosa reasignación de recursos para atender las demandas de los adultos mayores en materia de salud y seguridad social, quienes seguramente se organizarán y presionarán para que los nuevos arreglos institucionales reflejen más fielmente las nuevas pautas de necesidades sociales. La propia recomposición del electorado lo propiciará: si en la actualidad los adultos mayores representan alrededor de ocho por ciento de la pobla-

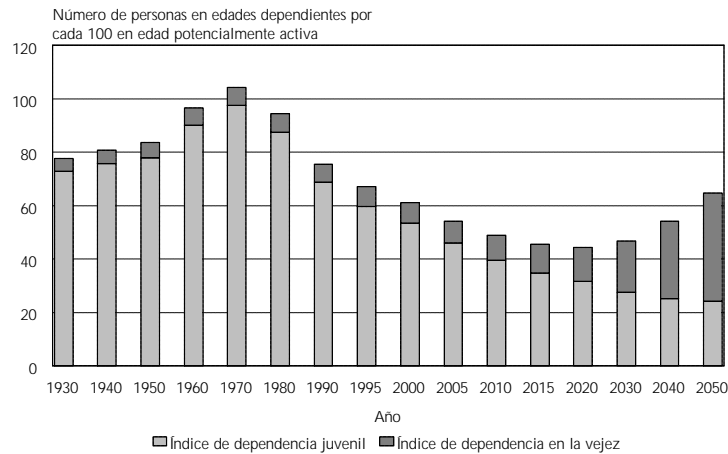
⁴ Federico Reyes Heróles, *Reforma*, 13 de julio de 1999.

ción en edad de votar, treinta años más tarde su peso relativo ascenderá a más de 17 por ciento; y en el año 2050 se elevará a 30 por ciento. En consecuencia, las agendas del poder ejecutivo y de las cámaras, así como las plataformas de las organizaciones sociales y los partidos, buscarán adaptarse a esta nueva realidad demográfica y, en consecuencia, la atención de la vejez adquirirá una creciente importancia política.

La ventana de oportunidad demográfica

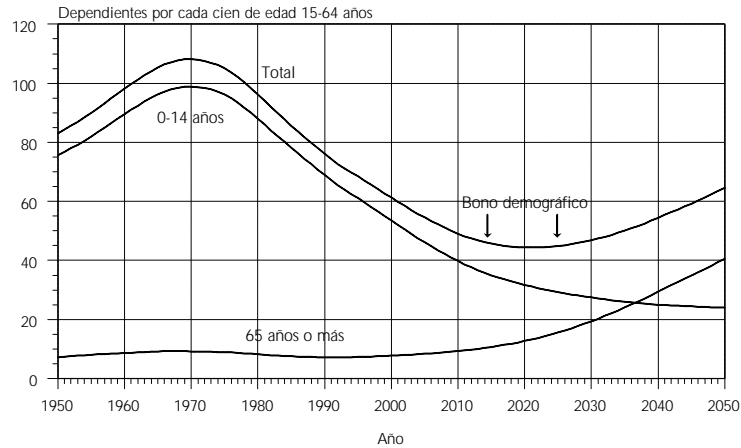
La dinámica de cambio de los diferentes grupos de edad dará lugar a una "ventana de oportunidad" transitoria que permanecerá abierta en el curso de las próximas tres décadas. Durante este periodo concurrirán las condiciones demográficas más propicias para potenciar la capacidad de ahorro interno, ya que prevalecerá una relación más ventajosa entre población dependiente y población potencialmente activa (véanse gráficas 13 y 14). Sin embargo, la ventana de oportunidad empezará a

Gráfica 13.
Índice de dependencia total (IDT) 1930-2050



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

Gráfica 14.
Bono demográfico en México, 1950-2050



Fuente: estimaciones y proyecciones del CONAPO.

cerrarse a medida que las presiones para atender las demandas del envejecimiento demográfico sean mayores.

Si se aprovecha de manera eficiente y adecuada, esta oportunidad podría contribuir a impulsar un círculo virtuoso de más empleos, más ahorro, más inversión, y nuevamente más empleos. Ello haría posible generar los recursos que requiere el país tanto para encarar el legado de rezagos y desigualdades, como para romper el círculo perverso de privaciones en el que se encuentran atrapados millones de mexicanos. Para materializar el llamado "bono" o "dividendo" demográfico será necesario, entre otras condiciones, multiplicar la inversión en capital humano, garantizar la disponibilidad de empleos en condiciones adecuadamente remuneradas, potenciar la productividad del trabajo e impulsar la puesta en marcha de otras políticas de acompañamiento adecuadas.

Resulta pertinente advertir, sin embargo, que si no se aseguran las condiciones sociales, económicas e institucionales apropiadas para aprovechar este "bono" o "dividendo" demográfico, la oportunidad terminará por desperdiciarse, corriendo el riesgo, además, de transformarla —paradójicamente— en una verdadera pesadilla social. En esencia, se necesita convertir la oportunidad en realidad e impulsar un proceso de crecimiento vigoroso y sostenido, a fin de contar con los recursos necesarios, apuntalar las inversiones sociales y generar los puestos de trabajo que se requieren antes de que nuestro país comience a experimentar con fuerza el incremento de la población envejecida. De no ser así, el subempleo y el desempleo alcanzarán límites sociales intolerables, nuestras carencias y desigualdades se reproducirán e intensificarán —aunque esta vez en una escala mayor—, y, lo que es peor, estaremos condenados a convertirnos en un "país de viejos y pobres".

Distribución territorial de la población

El funcionamiento eficiente y productivo del sistema nacional urbano desempeñará un papel cada vez más determinante para evitar la perpetuación de las condiciones de miseria y marginación en las que viven millones de mexicanos. Como se sabe, gracias al impulso de la industrialización y de las actividades de base urbana, México experimentó durante el siglo xx una poderosa metamorfosis en la dinámica de crecimiento de sus ciudades y pasó de ser un país abrumadoramente rural a uno predominantemente urbano. Así, al iniciar el presente siglo, siete de cada diez mexicanos y mexicanas residían en localidades rurales (de menos de 2 500 habitantes), dos de cada diez se encontraban establecidos en las localidades mixtas o en transición rural-urbana (localidades de entre 2 500 y menos de 15 mil habitantes) y sólo uno de cada diez vivía en las 33 ciudades (de 15 mil y más habitantes) existentes en esa época. En contraste, en las ciudades del sistema nacional urbano se encuentran establecidas alrededor de siete de cada diez personas, mientras que en las localidades mixtas reside uno de cada diez y en el ambi-

to rural viven dos de cada diez.⁵ Ello permite señalar que durante el siglo *xx* el número de ciudades del país creció once veces y la población urbana aumentó casi 46 veces, en contraste con la población rural que tan sólo duplicó su tamaño original.⁶

A pesar de estas importantes transformaciones, México continúa presentando dos facetas marcadamente contrastantes: por un lado, la enorme dispersión de la población rural en miles de pequeñas localidades; y, por el otro, su concentración en unas cuantas regiones y ciudades del país. Así, por ejemplo, en el territorio nacional es posible identificar un mar de municipios escasamente urbanizados, dentro del cual sobresalen pequeños archipiélagos con altas concentraciones de población, que constituyen las áreas más desarrolladas y urbanizadas del país. De esta manera, en un extremo del *continuum* se encuentran 1930 municipios que sólo tienen asentamientos rurales y, en el otro, existen 187 municipios donde todos y cada uno de sus residentes están establecidos en localidades urbanas.⁷

De cara al siglo *xxi*, la distribución polarizada de la población en el territorio plantea grandes desafíos. En consecuencia, la política de población seguramente habrá de poner un menor énfasis en las acciones de desaceleración del crecimiento demográfico y tendrá que reforzar aquellas otras orientadas a atenuar los marcados desequilibrios en la distribución territorial de la población, como a promover un desarrollo sustentable. El reto prioritario seguramente ya no será crecer menos, sino distribuirnos mejor en el territorio nacional.

En la actualidad, el sistema de ciudades es cada vez más equilibrado, sólido y diversificado y está formado por 376 ciudades (de más de quince mil habitantes) que se distribuyen en todas las regiones y subregiones del país. De ese total, 303 ciudades son pequeñas (de entre 15 mil y

⁵ Estimaciones del Consejo Nacional de Población, 1999.

⁶ No olvidemos, además, que la ciudad de México, centro neurálgico del país, contaba a principios de siglo con 365 mil habitantes y se ubicaba en esa época en el lugar 42 entre las 50 ciudades más grandes del mundo. Hoy tiene más de 18 millones de habitantes, es decir, casi 50 veces su tamaño original, y es la segunda ciudad más poblada del orbe. Al respecto, véase Garza, G., *La Megaciudad de México*, mimeo, 1999.

⁷ CONAPO-PROGRESA, *Atlas Demográfico de México*, 1999.

menos de 100 mil habitantes), 48 tienen un tamaño intermedio (entre 100 mil y 500 mil) y 25 son grandes (mayores de medio millón).⁸ Para poner de relieve la creciente importancia de las 376 ciudades del sistema urbano en la demografía nacional, conviene señalar que éstas absorbieron alrededor de 80 por ciento del crecimiento poblacional registrado en los últimos cinco años, y se anticipa que en la próxima década albergarán a cerca de 85 por ciento del crecimiento previsto.

Las ciudades del sistema nacional urbano están llamadas a desempeñar un papel estratégico en el contexto de globalización, y serán cada vez más determinantes tanto de la distribución territorial de la población y la reorganización de las estructuras económicas y sociales del país, como de la construcción de la identidad nacional y cultural.⁹ Sin embargo, el acelerado proceso de urbanización plantea complejos retos que demandan la puesta en marcha de políticas y estrategias integrales y de largo plazo, que conduzcan el desarrollo urbano de una manera eficiente, estimulen la inversión productiva y la creación de empleos y favorezcan el mejoramiento de los niveles de vida de la población.

Estas tendencias y previsiones demográficas anuncian una verdadera revolución en las estructuras socioeconómicas de la nación. Para enfrentar con éxito los desafíos urbanos del siglo XXI, será necesario fortalecer las políticas que permitan consolidar la infraestructura productiva de las áreas urbanas; llevar a cabo cuantiosas inversiones para responder a las demandas de equipamiento y dotación de servicios; ampliar las oportunidades de la población para acceder a una vivienda digna; impulsar

⁸ América Latina cuenta en la actualidad con 104 ciudades de más de medio millón de habitantes, de las cuales poco menos de la cuarta parte se encuentran localizadas en nuestro territorio.

⁹ El principal fenómeno que va a caracterizar el futuro desarrollo urbano regional del centro del país es el predominio de una región megaurbana, que tendrá como núcleo a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Esta área experimenta desde hace varios años un intenso proceso de desconcentración y una importante desaceleración de su crecimiento demográfico. La vieja Tenochtitlan, que actualmente es la segunda ciudad más grande del mundo, abandonará esa posición el año próximo, cuando Bombay la rebasa en tamaño; en 2004, pasará al cuarto lugar, al ser superada por Sao Paulo; y, más tarde, en 2006, será desplazada por Lagos a la quinta posición en la jerarquía urbana mundial.

redes de transporte eficientes, seguras y no contaminantes; desarrollar fuentes alternas de energía y con menor impacto ambiental; atender los problemas emergentes de las ciudades, como es el caso de la violencia y la criminalidad; prever la expansión futura de los centros urbanos e identificar las zonas urbanizables para incorporarlas al uso urbano en forma ordenada; impulsar proyectos urbanos de amplio consenso social; modernizar las estructuras administrativas y fortalecer las fuentes de financiamiento para el desarrollo urbano de los gobiernos locales.

La profundización del proceso de urbanización impondrá costosas y enormes exigencias de infraestructura productiva, equipamiento y servicios en las ciudades del país, así como fuertes presiones sobre el medio ambiente y los recursos naturales que será necesario prevenir y contener. De hecho, en los próximos años, el proceso de urbanización comprometerá una cada vez mayor superficie para uso urbano. Los ejercicios de prospectiva disponibles indican, por ejemplo, que entre 1990 y 2010 la Zona Metropolitana de la Ciudad de México requerirá de una extensión adicional de 95 mil hectáreas, la de Guadalajara de aproximadamente 16 mil, y la de Monterrey de cerca de 18 mil. Conviene señalar, sin embargo, que la expansión física de éstas y otras ciudades del país podrían enfrentar fuertes obstáculos debido, entre otros factores, a la orografía abrupta que las caracteriza, a la reducida oferta y alto costo del suelo urbano y a la carencia de infraestructura primaria en las zonas de expansión potencial.

Más aún, la viabilidad de algunas ciudades podría verse comprometida por la disponibilidad de agua. Se sabe que de las 113 ciudades más importantes del país, 69 enfrentarán escasez de agua superficial en el futuro y 40 de ellas ya presentan una sobreexplotación de sus acuíferos. La competencia por el agua ya es intensa y lo será cada vez más en el futuro. Garantizar a las ciudades del país sus fuentes de abastecimiento y fortalecer los programas de uso eficiente del agua, control de calidad, abatimiento de fugas y reuso de aguas residuales será uno de los desafíos más importantes del nuevo milenio, el cual no sólo es un reto técnico, sino también uno de carácter financiero y social.

Población y medio ambiente

El país enfrenta actualmente un grave deterioro ambiental. Las estadísticas disponibles confirman que nuestros problemas ambientales son múltiples y diversos. Al respecto, conviene señalar que la degradación de los suelos afecta, con diversa intensidad y por diversas causas, a más de 125 millones de hectáreas (es decir, 64 por ciento) de los casi 200 millones con que cuenta el país; 15 por ciento de los suelos del país está afectado por procesos de acidificación y poco más de tres por ciento por salinización; 80 por ciento del territorio nacional presenta una disminución de la fertilidad de los suelos; y 15 por ciento de los 649 acuíferos reportados están sobreexplotados y alrededor de tres por ciento tienen problemas de intrusión salina. Esta enumeración de algunos de nuestros problemas ambientales más críticos demanda intensificar los esfuerzos multisectoriales de planeación regional y ordenamiento territorial y ecológico.

En este marco, conviene recordar que nuestro territorio, por su ubicación geográfica, suele verse afectado por la ocurrencia de una serie de fenómenos naturales que, en ocasiones, dan lugar a situaciones de amenaza para la población. La mayor frecuencia e intensidad de los fenómenos ligados al cambio climático global requiere incluir esta realidad en las estrategias de diversas políticas públicas, incluida la de población. Con este fin, conviene recordar que las ciudades expuestas a los efectos de ciclones tropicales suman un total de 74, donde habitaban en 1995 alrededor de 11.1 millones de personas y 12 millones en el 2000. Se estima que la población urbana potencialmente expuesta a los efectos de los ciclones tropicales aumentará de 13.5 millones de habitantes en 2010 a 14.6 millones en 2020, representando en este último año casi 12 por ciento de la población del país. A su vez, la población potencialmente expuesta a amenazas por inundaciones es de 22.2 millones de personas, quienes residen en casi 20 mil localidades, y un número adicional de 4.8 millones de personas de 3 507 localidades están sometidas a riesgos por corrimiento de tierras.¹⁰

¹⁰ Tampoco hay que olvidar que en los doce estados sujetos a mayor riesgo sísmico se encuentran localizadas 151 ciudades de 15 mil habitantes o más, donde residían 33.2

Frente a todas estas potenciales amenazas, se requiere multiplicar los esfuerzos para estar en condiciones de identificar el grado de vulnerabilidad en que se encuentra la población, ya que de ello depende impulsar las acciones y tomar las previsiones necesarias para que tales amenazas no se conviertan en desastre.

El futuro ya nos alcanzó

Este breve recuento deja ver avances, oportunidades, rezagos y retos. El principal desafío estriba en superar las insuficiencias de nuestro desarrollo y atenuar las profundas desigualdades sociales, regionales, étnicas y de género. Al respecto, el *Informe sobre Desarrollo Humano 2000* indica que México ocupa, a nivel mundial, la posición quinquagésima quinta entre un total de 174 naciones del mundo, de acuerdo con el valor del índice de desarrollo humano. Este dato sugiere la escala y envergadura de los esfuerzos que deberán emprenderse en el futuro con el fin de alcanzar niveles superiores de desarrollo humano. Además, los datos a nivel estatal revelan la existencia de mundos diferentes en México y sugieren cuán desigual puede ser el desarrollo dentro de nuestro país y cuán disímiles pueden ser las prácticas y comportamientos demográficos debido, entre otros factores, a estructuras de oportunidades tan desiguales. Se sabe, por ejemplo, que el Distrito Federal registra un nivel de desarrollo humano similar al de países que ocupan las posiciones 23 a 28 en la clasificación mundial, mientras que estados como Chiapas y Oaxaca tienen un índice semejante al de las naciones que se encuentran en los lugares 97 a 103.

millones de habitantes en 1995 y alrededor de 36 millones en el 2000. Se prevé que en el año 2010 residirán en estas ciudades alrededor de 40.4 millones de habitantes, y en el año 2020 la cifra ascenderá a 43.8 millones de personas. A su vez, las zonas de riesgo por vulcanismo abarcan a 303 municipios de nueve entidades federativas del país, donde residen alrededor de 20 millones de habitantes.

Para enfrentar con éxito las insuficiencias y desigualdades de nuestro desarrollo, México tiene que mirarse de frente en el espejo y delinear con honestidad y responsabilidad los grandes trazos de su futuro. Desde esta perspectiva, el desafío es doble: por un lado, se requiere promover la reflexión y el diálogo genuino para valorar las posiciones y propuestas de los diversos agentes sociales; y, por el otro, es imprescindible avanzar en la construcción de consensos internos para dar continuidad, con justicia y equidad, a los grandes proyectos nacionales. Nuestro país deberá elegir entre diversas trayectorias posibles y pagar en el futuro el costo de las demoras y las vacilaciones.